

voy á hacer, porque sé que sois un hombre de sentimientos elevados: voy á revelaros los secretos de mi familia, confiada en vuestra lealtad y en el amor que profesais á Esperanza.

—Señora, me haceis sobrada honra, y os aseguro que no os arrepentireis jamás. Hablad.

—Don Leonel, sabeis que yo siempre me he opuesto á que Esperanza, mi hija, se case, y eso aun despues que supe que vos érais el objeto de su amor; pero vos no comprendereis sin duda el motivo de mi oposicion, ¿es verdad? Quizá os parecerá una locura, una monomanía, un delirio.....

—Señora....

—No, no os avergonzéis, que ni digo que vos lo hayais pensado, ni aun cuando así fuese, careceriais de razon, porque no conoceis nada de lo que tengo que deciros: Don Leonel, supuesto que insistís en vuestro amor, es preciso que sepais cuál es la familia de vuestra prometida, y que os desengañeis de que no puede ser esposa vuestra mientras los criollos no sacudan el yugo de sus opresores: cuando conozcais todo esto, entonces, prometedme hablar con franqueza, y decidme si vuestro amor vive á pesar de todo, ó si vuestra razon, mas fuerte que ese amor, os aconseja olvidar á Esperanza.

—¿Olvidarla? ¡Ah, señora, qué palabra habeis dicho! ¿Qué suponeis de mí?

—Nada supongo, Don Leonel, sino que sois jóven y estais apasionado: por lo demás, oid, y cuando sea tiempo contestadme con entera lealtad.

Don Leonel iba á contestar, cuando Doña Juana se levantó serena y le dijo con dulzura:

—Esperadme, que voy á traeros una cosa que debeis ver.

Don Leonel se levantó tambien por respeto.

XII.

Cuéntase lo que hablaren Don Leonel y Doña Juana de Carbajal.

ASENTÓSE Doña Juana en un sitial, y en otro inmediato Don Leonel: estaban enteramente solos en la biblioteca: el silencio era tan profundo, que podia oírseles, y la escena estaba alumbrada por un gran candil de bronce colocado sobre la mesa y que reflejaba su vacilante resplandor sobre los viejos libros forrados en pergamino y sobre los encendidos colores de los vestidos y mantos de plumas que pendian de las paredes.

Don Leonel esperaba con impaciencia que comenzase á hablar Doña Juana, en tanto que ella, apoyando su brazo en el del sitial y absorta en sus meditaciones, parecia haberse olvidado de que no estaba sola.

Doña Juana, semejante á una estatua de alabastro, no movia ni siquiera los párpados; así se mantuvo un largo rato, hasta que de repente pareció animarse, alzó la cabeza, miró á Don Leonel y le dijo con una voz tranquila y dulce:

—Leonel, ¿jamais mucho á Esperanza?

—Mucho—contestó con entusiasmo el jóven.

—Pues bien, creo que no será una imprudencia lo que

—Sentaos—le dijo Doña Juana—sentaos, y no es impacienteis si os parece que tardo: supongo que esta noche no tendreis qué hacer porque no hay reunion, y además, esto es un asunto que interesa demasiado á vuestro porvenir por mas de un motivo, y que bien merece que le sacrificais un poco de tiempo.

—Señora, estoy enteramente á vuestras órdenes.

—Bien, ya vengo; entretanto tomad un libro para distraeros del fastidio.....

Doña Juana abrió la puerta secreta y desapareció.

Cuando Leonel se encontró solo, comenzó á examinar el aposento; habia allí objetos que llamaban su atencion, pero que necesitaban estudiarse uno por uno para comprender lo que eran.

El jóven, aprovechando el permiso de Doña Juana para tomar un libro, se levantó de su asiento, y á la escasa luz del candil comenzó á examinar aquella especie de museo.

Los libros, sin embargo, fueron los que menos llamaron su atencion; soldado desde su infancia casi, el amor á las letras no era sin duda el distintivo de su carácter; pero habia en cambio allí otras cosas que excitaron su curiosidad.

Eran, á no dudarlo, armas é instrumentos de música antiguos, pero todos de una riqueza y de un trabajo artístico, maravilloso; arcos de maderas preciosas y desconocidas, flechas y lanzas con puntas de piedras brillantes y de diversos colores, las unas con ese verde dulce de la esmeralda, las otras con el encendido color del granate, las demás allá con la transparencia del cristal, ó con ese blanco de las grandes masas de nieve.

Las *macanas* de los antiguos señores de la tierra con incrustaciones primorosamente colocadas, representando figuras fantásticas de hombres, de animales, de flores, con

los cortes de piedras también raras y sorprendentes, pero cortantes y agudas como la mas bien templada cimitarra de Damasco.

Escudos de pieles resistentes como una adarga española, con caprichosas formas y adornados con piedrecillas y conchas, y teniendo en el centro, como el chorro de una cascada, un penacho de plumas de aves desconocidas, pero que caian, por decirlo así, ligeras y flotantes, ostentando sus colores vivísimos sobre el negro fondo del escudo.

Los trages, los mantos, las diademas con sus penachos, eran materialmente unas nubes de colores que flotaban al impulso solo del aliento, y entre las cuales se percibian los destellos del oro, de la plata y de las piedras preciosas.

Y todo aquello parecia estar conservado y cuidado con una religiosa dedicacion, porque no se notaba en todo ni la huella del tiempo, ni aun el menor vestigio de polvo ó de maltrato.

Aquello era, á no dudarlo, un resto de esplendor y magnificencia de la casa de alguno de los poderosos emperadores aztecas, que la familia de Doña Juana conservaba mas como una reliquia que como un tesoro.

Doña Juana salió por la puerta secreta de la biblioteca, pero no se dirigió por el pasillo y las habitaciones por donde tenia la casa comunicacion para la calle, y por donde otra vez la hemos visto salir, sino que abrió una puerta que á la derecha estaba, atravesando á oscuras dos cámaras, y llegó á una tercera que estaba alumbrada.

Era una estancia espaciosa, pero abrigada, que recibia la luz durante el dia por dos elevadas ventanas cubiertas por finos tejidos de ixtle, que los mexicanos llaman *ayate*: por la parte de afuera tenian gruesas rejas de fierro, y por la interior pesados batientes de madera que cerraban herméticamente: en uno de los ángulos habia una gran cama

de madera con caprichosos tallados, y encima de los gruesos colchones de pluma se tendía una manta de algodón tejida de diversos colores: en la estancia se advertían armarios de madera con grandes chapas, algunos sitios tapizados de baqueta, y cubierto el piso con esteras ó *petates* finísimos de palma, y sobrepuestos de manera que apenas se percibía el ruido de las pisadas.

Cerca de la cama, en un enorme sitio cubierto por multitud de almohadones de plumas, estaba un hombre, tan anciano, que difícilmente podría haberse fijado su edad, si de su boca no se hubiera escuchado.

Aquel hombre parecía pertenecer á la raza indígena pura; su cabello y su escasa barba estaban completamente blancos, su cutis era seco y con ese brillo que da la vejez, sus manos estaban trémulas y su cabeza vacilante.

El viejo estaba enteramente envuelto en una gran bata de algodón blanca perfectamente acolchada, y entre sus profusos pliegues se perdían las formas del cuerpo.

Su cabeza estaba descubierta.

Sin embargo, en medio de aquella destrucción, de aquella ancianidad, podía notarse en la boca del anciano una dentadura blanca y bien conservada, sin más indicio de vejez que el advertirse un poco gastados los dientes incisivos.

El anciano leía un gran libro á la luz de una bujía de cera, sin auxilio de gafas, y volvía las hojas con su mano trémula, apoyándose en el pupitre que sostenía el libro.

—Buenas noches, padre mio—dijo Doña Juana al entrar.

—Dios te bendiga, hija mia—contestó el anciano alzando la cabeza,—¿qué andas haciendo?

—Padre mio—dijo la dama besando la mano del anciano, vengo á tomar el libro de nuestra familia.

—¿Y á quién vas á leersele?

—A Don Leonel de Salazar.—
—Bien; por lo que me has contado, puede y debe verle.

—Así lo he creído.—
—¿En dónde está?

—Esperándome en la biblioteca.—
—No le hagas aguardar; que á ese jóven quizá Dios lo haya escogido para salvar á nuestro pueblo.

—¿Qué lees, padre mio?—dijo Doña Juana, mientras que con una llavecita de plata abría uno de los cajones de un armario.

—La Biblia, hija, la Biblia. Es el único libro que me consuela y me alienta en mis desgracias.

—Vuelvo á veros pronto.

—Anda, hija mia, anda, y fortalece á nuestro jóven en sus heroicas resoluciones.

Doña Juana salió, y el anciano despues de contemplar la puerta por donde ella habia desaparecido, exclamó dando un suspiro:

—¡Dios os alumbre!—y volvió á continuar su lectura.

Don Leonel continuaba absorto en la contemplación de los objetos que tenía á la vista, cuando sintió el ruido que hacia Doña Juana al entrar. El jóven se avergonzó de que le hubiera sorprendido en aquel acto de curiosidad; pero la dama sin parar en ello la atención, le dijo:

—Don Leonel, lo que os voy á entregar es casi un tesoro, porque es la historia de mi familia: leed este libro, y luego venid á verme.

Y al decir esto le entregó una cajita de ébano perfectamente barnizada, y de la que pendía una llavecita de oro por medio de una cadenilla del mismo metal.

Don Leonel la recibió con una emoción que él mismo no podía explicarse.

—Llévóslo—continuó Doña Juana—porque esa lectura es larga y requiere tiempo y recogimiento: no os fijo plazo para que la termineis, pero procurad apresuraros; muchos han escrito en ese libro que no ven ya la luz.

Don Leonel guardó en su seno la cajita, y tomó su sombrero.

—¿Os retirais?

—Sí, señora; ardo en deseos de conocer esta historia que tanto me interesa, y cada momento me parece un año.

—Bien, seguidme.

Doña Juana sacó á Don Leonel de la biblioteca.

En la sala esperaba aún Esperanza.

Don Leonel oprimió la mano de su prometida con efusion, y salió de la «casa colorada» estrechando contra su seno la cajita de ébano, y en su mano derecha la culata de uno de sus pistoletes.

XIII.

Cómo es muy cierto aquello de que "el hombre pone y Dios dispone."

EN el momento en que Don Leonel llamaba á la puerta de su casa, otro hombre llegaba por el lado opuesto de la calle.

—¿Leonel?—dijo el que llegaba.

—Hermano—contestó el jóven reconociendo al Padre Salazar.

—Dios te envia en el momento en que mas te necesitaba.

—¿Qué ocurre pues?—preguntó Don Leonel, contrariado en su determinacion de encerrarse aquella noche á leer el libro de Doña Juana.

—Cosas muy graves.

—¿Muy graves? Explicate.

—No es este lugar á propósito.

—Pues vamos entonces á tus habitaciones.

—Tampoco, porque los criados ó mi padre podrian sospechar alguna cosa.

—Entonces ¿qué quieres que hagamos?

—Que vengas conmigo en este momento, pues solo por hablar contigo y para llevarte he venido.

Don Leonel reflexionó un momento.

—¿Vacilas?—dijo el Padre, comenzando ya á impacientarse.

—No, hermano, pensaba en subir un instante á dejar en mi habitacion unos papeles.....

—Considera que si te vieran entrar y volver á salir inmediatamente, sospecharian. Y que además, puedes encontrar á mi padre, lo que seria para tí motivo de perder por lo menos media hora: lleva contigo los papeles, y si son muchos y te molestan, yo te ayudaré á cargarlos.

—Vamos, dijo Don Leonel resueltamente.

Y sin perder un momento el Padre, emprendió la marcha para la calle de Ixtapalapa.

Don Leonel era un valiente, y sin embargo, aquella noche tenia miedo: la responsabilidad de llevar consigo aquellos papeles de Doña Juana le hacia temer, y en cada esquina sacaba instintivamente la pistola.

Tan preocupados iban, que no advirtieron hasta estar muy cerca de ellos, á una dama envuelta en su velo y un galan que la acompañaba, que se estaban parados en una puerta enfrente de la casa de Don Pedro de Mejía y en una de las primeras cuadras de la misma calle de Ixtapalapa.

Al acercarse los dos hermanos, la dama y su galan, que esperaban sin duda á alguien, tuvieron el siguiente diálogo en voz tan alta, que los dos hermanos le escucharon:

—Allí vienen ya—dijo la dama.

—Ellos deben ser—contestó el hombre abriendo un pequeño zaguan que estaba por dentro escasamente iluminado, y haciendo señá á la dama para que entrase.

En este momento llegaban Don Leonel y su hermano.

—¿Don Alonso?—dijo desde adentro la dama.

El Padre Salazar, que llevaba tambien ese nombre, se detuvo.

—Venid—continuó la dama—ya os esperaba, entrad.

El Padre Salazar no comprendia lo que le pasaba. Don Leonel, al escuchar la voz dulce de aquella mujer y al mirar la turbacion de su hermano, creyó que habia sorprendido sin querer una intriga amorosa. Un soldado es disculpable de formar un juicio temerario.

El Padre seguia perplejo, y Don Leonel lo atribuyó á que su presencia era importuna, y así es que acercándose á su hermano, le dijo en voz baja:

—Ea, ¿qué te detiene? Entra, hermano, y te iré á esperar á la casa del Cristo, ó te guardaré la espalda aquí.

El Padre miró á su hermano con enojo, pero la noche estaba oscura y la dama volvió á decir ya con cierta impaciencia:

—Don Alonso, ¿teneis miedo? Entrad.

El Padre Salazar atravesó la distancia que le separaba de la dama, y se acercó á ella quitándose el sombrero al pié del farolillo que alumbraba el patio, de modo que la luz bañó enteramente su rostro y su cabeza tonsurada.

—Aquí me teneis, señora—la dijo;—¿qué me ordenais?

La dama, que lo desconoció, inmediatamente lanzó un grito echándose atrás, y el hombre que la acompañaba se interpuso entre ella y el Padre poniendo mano á la espada, en el momento mismo en que un hombre que venia por la calle y que escuchó el grito, se lanzó al zaguan desnudando tambien la espada.

Don Leonel, que se habia quedado de pié cerca de la puerta, advirtió todo, y se entró tras de aquel hombre, á quien no pudo impedir el paso, con la espada tambien en la mano y dispuesto á defender á toda costa al Padre, á quien creia en inminente peligro.

El hombre que entró de la calle, al escuchar el grito de

la dama dejó caer su embozo, y Don Leonel, aunque tenia pocos dias de vivir en México, pudo reconocer á Don Alonso de Rivera.

Entonces se explicó todo.

Don Alonso, al mirar delante de la dama á un eclesiástico con el sombrero en la mano, bajó el estoque.

Don Leonel le imitó.

La dama se acercó á Rivera, y casi temblando le dijo:

—Don Alonso; pasaban dos personas: creí que una de ellas érais vos, y llamé por vuestro nombre, y este Padre se ha entrado aquí.

—Razon tuvo—dijo tranquilamente Rivera—que el señor llámase Don Alonso de Salazar, persona de muy alto respeto en México por sus virtudes y saber.

El Padre hizo una cortesía, y Don Leonel sonriendo envainó la espada.

—Buenas noches—dijo el Padre saliendo.

—Dios os guarde, mi Padre—contestó Don Alonso saludando.

El zaguan se cerró, y Don Leonel riendo y el Padre medio mohino siguieron para la casa del Cristo.

En todo esto se habia perdido mucho tiempo, y cuando ambos llegaron á la casa del Cristo, eran las once de la noche.

Habia ya esperándolos como una docena de personas.

Don Leonel y su hermano tomaron asiento.

—¿Sabeis—dijo el Padre dirigiéndose á los demás—por qué razon os he mandado citar?

—No—contestaron todos.

—Es porque hemos sido denunciados al virey por medio de un anónimo.

Un movimiento de sorpresa circuló entre los concurrentes.

—Pero aun no se ha perdido todo—continuó el Padre;—

el virey sabe que se conspira, pero aun no conoce á las personas ni el objeto de esa conspiracion; sabe que el dia 5 debe haber un tumulto, pero ignora quiénes lo harán: tengo tomadas mis medidas, y creo poderos asegurar que el virey y el visitador quedarán completamente desorientados. Sin embargo, el aviso los ha preparado y quiero consultaros si será conveniente suspender ó precipitar el golpe; hablad vosotros y luego me dareis vuestro parecer.

Aquel debia ser el modo de tratar allí los negocios, porque inmediatamente que el Padre acabó de hablar, todos los que habia en el salon se reunieron en diversos grupos y comenzaron á discutir con acaloramiento.

Sonó entonces un golpe en la puerta, se dió la contraseña, y un sacerdote con los ojos bajos y un aire de mansedumbre evangélica capaz de edificar á un hereje, entró en el salon saludando humildemente; nadie le conocia, pero él conocia sin duda los usos de la casa, porque sin preguntar se dirigió á la plataforma en que estaban Don Leonel y el Padre, subió á ella, acercó un sitial y se sentó cerca de los hermanos, colocando en el suelo su sombrero y diciendo sencillamente:

—Buenos dias.

Por esta vez ya Don Alonso de Salazar reconoció á Martin; á fuerza de tratarle habia llegado á conocerle en sus mismos disfraces.

—¿Qué hay de nuevo, Martin?—le preguntó.

—En todo salimos perfectamente—contestó Garatuza;—el virey y el visitador han caido en el lazo, y creo que se desatará la persecucion contra los comprometidos en el negocio del de Gelvez; pero como se tomarán sérias providencias para impedir un alboroto el dia 5, supongo que seria muy bueno alargar el plazo.

—De eso se trata: siéntate allá abajo, escucha, y cuando termine la reunion hablaremos.

Garatuza descendió de la plataforma, el Padre agitó una campanilla y todos volvieron á sus asientos en el mayor silencio.

—Supongo—dijo el Padre—que todos habreis ya pensando lo que conviene hacer.

—Sí, hermano—contestó uno de los que estaban entre la reunion—todos hemos opinado porque se difiera el golpe, á excepcion del hermano Salmeron, que pretende que debe llevarse todo adelante y tal como estaba acordado de antemano.

—¿Y qué razones alega Don Baltasar de Salmeron?—preguntó el Padre Salazar.

Púsose en pié un hombre viejo, alto, rubio, cargado de hombros, enjuto de carnes, con la nariz corva, la barba espesa y la mirada siempre baja.

Vestia de negro, y no llevaba mas alhaja que una gruesa cadena de plata en el cuello.

—Lo que me obliga á decir que no se suspenda lo acordado—dijo—es que si hoy se ha descubierto una parte de nuestros trabajos, mañana serán sabidos todos, y entonces sí no habrá remedio; la vacilacion nos perderia.

—Si es ese solo vuestro temor—dijo el Padre—podeis desecharle, que entre nosotros no hay traidores.

—Es que ya hay un mal síntoma.

—¿Cuál?

—Se ha hecho la primera denuncia y es preciso estar alerta: yo no sospecharé de ninguno de mis hermanos; pero bajo de la desconfianza vive la seguridad: yo lo hago advertir á tiempo.

Garatuza fijó en el orador sus ojos vivos y penetrantes, y dijo entre sí:

—Este no me gusta.

—Pues queda resuelto—dijo el Padre Salazar;—se suspende el movimiento hasta saber qué giro toman las cosas: avisad á todos los hermanos.

Todos hicieron una señal de aprobacion, y comenzaron á desocupar el salon.

Solo Martin se quedó sentado esperando que acabaran de salir.

Cuando estuvo solo con los dos hermanos, volvió á subir á la plataforma.

—¿Has oido?—le dijo el Padre.

—Y muy bien que me parece.

—Es preciso que salgas mañana mismo para Acapulco, llevando despachos é instrucciones para el príncipe.

—¿Es preciso que sea mañana?

—Sí. ¿Tienes algun inconveniente?

—Uno solo.

—¿Cuál es?

—Desearia ver qué providencias piensan dictar el virey y el visitador, que para nosotros es una noticia de mucha importancia.

—Tienes razon. Entonces ¿cuándo podrás marchar?

—Pasado mañana estaré listo.

—Bien, mañana en la noche estarás aquí.

Martin saludó y salió de la casa, diciendo:

—Es preciso pensar algo mas en mí: vamos á mi casita.

mas muebles que una cama vieja y sin colchon que servia de lecho al Zambo, y algunas estampas de santos verdaderas caricaturas, pegadas en la pared con papel mascado.

Martin se inclinó y levantó una tras otra hasta cuatro vigas de las que formaban el piso: debajo habia una especie de sótano lleno de fango negro y hediondo, entre el que se miraban algunos de esos animales repugnantes que se crían en México en lugares semejantes, y á los que por ódio á los criollos llamaron los españoles *mestizos*.

Martin, sin cuidarse de nada de esto, bajó allí y dijo al Zambo:

—Alúmbrame.

El Zambo se arrodilló en el pavimento y bajó la mano con el candil de modo de alumbrar debajo de las vigas.

Martin abrió con una llave que sacó de la bolsa de sus calzones, una gran caja que estaba allí oculta.

Aquella caja contenia trages de todas las clases de la sociedad, alhajas, piezas de plata y de oro; en fin, era lo que hoy pudiéramos conocer con el nombre de *bazar*.

Martin sacó de debajo de la sotana algunos platos y otras piezas de vajilla de plata, las depositó en la caja, cerró y salió de allí, acomodando en seguida las vigas cuidadosamente.

Despues se dirigió á la puerta, tomó del suelo una poca de tierra y la regó en el pavimento para borrar todo indicio de que aquellas vigas habian sido removidas de su lugar.

Se embozó despues hasta los ojos y dijo al Zambo:

—Me voy, ten mucho cuidado.

—Está muy bien—contestó el Zambo.

Iba á salir Martin cuando se oyeron pasos en la calle.

—Apaga la luz—dijo.

El Zambo apagó el candil y Martin abrió el postiguillo de la puerta.

XIV.

En donde el zorro al salir de su madriguera encuentra á la víbora y piensa levantarle el destierro.

CAMINABA Garatuza envuelto en su manteo con todo el aire de un cura que volvia de una confesion: muy avanzada estaba ya la noche, y sin embargo, encontró á dos ó tres transeuntes que se quitaron respetuosamente el sombrero al pasar á su lado.

Tomó Garatuza por la plaza de las Escuelas, que estaba delante de la Universidad, pasó por el costado derecho de este edificio, y llamó en una puertecilla que habia al extremo de la calle.

La puerta tenia un postiguillo que se abrió y se volvió á cerrar casi al momento; se escuchó el ruido de las *trancas* de la puerta, y Martin empujó y entró sin ceremonia.

Con un candil de barro alumbraba un hombre medio vestido y medio desnudo.

—Cierra, Zambo—dijo Martin sin quitarse el sombrero.

El hombre obedeció.

—Trae el candil.

El Zambo se acercó. Estaban en un cuarto bajo, sucio, sin

Comenzó á aclarar ya la mañana y Garatuza pudo ver que pasaba un hombre embozado en una capa.

—¡Hola!—dijo Martin—yo conozco á este pájaro: es el que no queria que se difiriera el golpe, Don Baltasar de Salmeron.—¿A dónde irá su señoría tan temprano?

Los pasos se alejaron, y Martin, procurando no hacer ruido con la puerta, salió á la calle y se encaminó á palacio.

A poco andar advirtió un hombre que llevaba la misma direccion, y reconoció en el modo de andar al mismo Salmeron.

Acortó el paso por no alcanzarle, esperando que torciese para otra calle; pero Don Baltasar llevaba siempre el mismo rumbo que él.

—Vamos—dijo Martin—parece que nos dirigimos todos al palacio, sea en hora buena; allí se sigue él adelante y yo me quedo.

Pero Martin se engañó. Palacio estaba ya abierto y Salmeron entró por delante.

—¡Hola!—dijo Martin—¡en palacio el amigo! Esto me huele mal: veremos.

Y tomando por los corredores que conducian á la habitacion del virey, dejó á Don Baltasar dirigirse á la cámara en que estaba la secretaría.

Como era tan temprano, apenas estaban en pié algunos palafreneros: Martin sin hablarles se metió en su cuarto y vistió apresuradamente la librea, despojándose del trage clerical y quedando verdaderamente desconocido.

Aun no se observaba movimiento en las piezas de Su Excelencia, y Martin despues de cerciorarse de ello, salió por los corredores y se dirigió á la secretaría, procurando encontrarse con Don Baltasar.

Don Baltasar hablaba en voz baja con uno de los criados

que abrían las puertas de la secretaría del vireinato, y procuraba recatarse para que no le viesen.

Seguramente preguntaba por el virey ó por el visitador, porque al mirar á Martin, que ya era conocido entre la servidumbre por la confianza que en él habia depositado Su Excelencia, el criado dijo á Don Baltasar:

—Mire su señoría; con ese lacayo que viene puede V. S. informarse de todo, porque es el de todas las confianzas de S. E.

Don Baltasar miró á Martin y se dirigió á él sin vacilar.

—¿Podré hablar con Su Excelencia el señor marqués?—le dijo.

—Aun no está despierto—contestó Martin.

Don Baltasar pareció quedar muy contrariado.

—Si es cosa que os urge—dijo Martin, y creéis que vale la pena, podeis darme recado ó carta, que yo la introduciré á S. E., que para ello tengo autorizacion, sea cualquiera la hora en que me parezca conveniente.

Y Garatuza al decir esto se pavoneaba con todo el aire impertinente de un lacayo consentido de su señor.

Don Baltasar meditó un momento, y luego sacando una carta dijo á Martin:

—¿Me conoces?

—Solo para servir á V. S.

—Esta carta es sumamente importante y secreta, y debe recibirla solo y en su mano propia el señor virey, ¿entiendes?

—Se hará como mandais en el momento.

—¿Sabes leer?

—No, señor, por desgracia.

—Mejor.....

—¿Cómo mejor?

—Deja, hablaba yo de otra cosa: toma esta carta y entrégala á S. E.

—¿Esperais respuesta?

—Sí, pero quisiera que fuese en donde nadie me viese.

—Entonces, por aquí.

Y Martin llevó á Don Baltasar á uno de los aposentos de la habitacion del virey, en donde no habia aún persona alguna.

—Aquí estará bien su señoría, y para retirarse no tendrá sino tomar por esta puertecilla, y al fin del corredor encontrará una escalera que conduce al patio y cerca de la puerta de la plaza.

—Gracias; toma la carta.

Martin recibió la carta de manos de Don Baltasar y se entró á la antecámara del marqués.

El viejo se quedó pensando:

—Con razon el virey tiene á este hombre á su servicio; es una alhaja.

La antecámara de S. E. estaba enteramente sola: Martin la registró para cerciorarse, y luego se encerró por dentro, corrió la cortina de una ventana, y casi oculto entre sus pliegues para mas precaverse, abrió la carta y se puso á leer su contenido.

Era la denuncia mas completa de la conjuracion y de sus autores, todos los planes y la mayor parte de los nombres, con notas y advertencias tales, que el visitador ó el virey no tenian sino que creer aquella carta y proceder con la conciencia tranquila contra los acusados.

El denunciante terminaba pidiendo misericordia por hallarse mezclado con aquellos hombres y protestando que lo habia hecho solo por seguir mejor su marcha, y dar parte de todo á los representantes de Su Majestad.

—Víbora—dijo Garatuza doblando cuidadosamente la carta y ocultándola en su seno;—víbora, yo te *levantaré el destierro* que te impuso Dios al venir al mundo, yo te volveré á tu patria celestial.

Y procurando tomar un aire natural, volvió á donde habia dejado á Don Baltasar.

—Ha leído Su Excelencia la carta—díjole por lo bajo.

—¿Y qué dice?

—Que os da gracias, pero que extraña que no mencioneis en ella la resolucion tomada anoche.....

—¿Cuál?—preguntó Salmeron, olvidando que hablaba con un criado.

—Que á resultas de la llegada allí de un clérigo, acordaron reunirse en la noche de hoy los principales jefes en la casa del Cristo, á las once.

—La ignoraba yo.

—Su Excelencia dice que os advierta que no falteis allí, porque sabe por otro conducto que se tratará de enviar un comisionado al príncipe de Nassau.

—Puede ser, y no faltaré.

—Y que mañana á estas horas os recibirá.

—Muy bien.

—S. E. encarga muchísimo el secreto y la reserva.

—Entiendo, y me retiro, que es ya de dia claro.

—Por aquí—dijo Martin mostrándole una puerta—y por aquí vendreis mañana; os esperaré.

Don Baltasar salió por donde le indicó Martin, y á poco andar se encontró en la calle.

Martin se asomó á verle por una ventana, y con una sonrisa de burla exclamó:

—Víbora, víbora, con razon me parecias desde el principio un mal hombre: vive Dios que con todo y mi mala fama